



EL CHUAN

Así le llaman en este pueblecillo de la costa bretona.

Es un marino viejo. Más de setenta años cumplió; pero aun está robusto, aun sus piernas se afirman sobre el balandro pescador, aun son útiles sus brazos para la faena.

Una ancha boina azul se aplasta sobre su cabeza; los blancos cabellos salen de la boina y descienden hasta los hombros; el rostro, afeitado, deja ver dos ojos azules, una fuerte nariz y unos labios finos que se cierran contra las encías sin dientes. De aquellos labios pende siempre una corta pipa de madera. Nunca está la pipa sin tabaco; el tabaco arde dentro de ella; el marinero sigue los vaivenes del humo con mirares de sombría expresión.

Cuando pasa frente á la iglesia ó junto á

personas de buen traje, saluda; cuando ve á un clérigo, corre hacia él y le besa la mano; cuando sale á pescar, se persigna con devoción. No le habléis en francés, no quiere responderos; él no habla ni responde más que con una lengua: la bretona.

Si entráis en su casa, humilde hogar que enjoyecen los cuidados de una viejecita silenciosa, tropezaréis, en el sitio más visible, con un retrato de Carlos X, el último Borbón de Francia.

El viejo es realista. De ahí que sus compañeros los pescadores, todos ellos republicanos, le llamen *El Chuan*, recordando las para siempre fenecidas guerras de la Vendée.

Hablarle con elogio de la Francia republicana es ponerle furioso; decir en presencia suya ¡*Muera Carlos X!*—que ya está convertido en ceniza—seguridad de que pone mano al cuchillo. Si hay fiesta cívica no sale de su casa; si llega frente á la estatua de Hoche, le enseña los puños. Los domingos, trajeado en puro bretón, al igual de su esposa, oye la misa de rodillas, confiesa, comulga y se emborracha.

Sólo que, ni siquiera para emborrachar-

se, va con sus hermanos de oficio. ¡Ir á divertirse con republicanos!... ¡Oírles cantar á grito herido *La Marsellesa* y renegar de Dios y del señor cura! Sería cosa de andar á cuchillazos.

El es de otra casta: él reniega hasta del pabellón tricolor que flota el domingo en los edificios públicos. Reniega, no por ser la enseña de la patria, porque desearía verla sustituida por el pabellón blanco con bordadas flores de lis. ¡Ah, el pabellón blanco! ¡El pabellón de Luis XVI, el santo rey asesinado por los sanscoulots! Todas las noches, antes de acostarse, reza una plegaria en memoria del guillotinado monarca.

Y lo dice, lo dice con enérgica entonación, que asegura la inmediata práctica de la idea, á ser ello posible. «Si volvieran los tiempos; si Bretaña fuera lo que debía ser; si un nuevo Sombreuil y otro nuevo Soulanges, si un D'Hervilly y un Talohuet viniesen en busca de voluntarios para reponer á Dios en sus altares y al rey en su Trono, á su lado estuviera yo. Y si un nuevo, si un maldito Hoche, volviese á aplastarnos, me dejaría aplastar con gusto.»

Así habla el viejo; y sus ojos relucen, y

sus dos manos hacen el fiero ademán de blandir el fusil, y sus piernas se afirman, y sus labios gritan: ¡Viva el rey!

Así va paseando su borrachera los domingos, hasta que el alcohol hiere su cerebro como un proyectil y le hace caer redondo en cualquier ángulo del muelle. La viejecita silenciosa llega en busca suya, le despierta, le conduce al hogar, casi casi á la rastra y prepara la cama, mientras el borracho saluda, respetuosamente, á la efigie de Carlos X.

«¡Gran figura!—me dice una señora anciana, empedernida realista—. Este es de los buenos; ¡quedan pocos como él! ¡Oh, si quedarán muchos!»

Si quedarán muchos sería el viejo bretón un sujeto temible. Por obra y gracia del progreso y de la cultura, los hombres imbéciles que iban á degollarse por el Rey y por el Señor que les apaleaba ó les suspendía de un árbol, han desaparecido en Bretaña ya.

El Chuan es un documento arqueológico, un objeto curioso que se enseña á los forasteros.

También se presta, siempre que se le pa-

gue con monedas de Carlos X, á ser modelo de pintores.

¡Pobre mentecato! Recostado, semitendido en una roca, con la boina calada hasta los ojos, los ojos puestos en el mar y la pipa humeante en los labios, parece escultura que en la misma roca se talló, ejemplar petrificado de una época socialmente antediluviana.

Quiberon.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO



Ráfagas de Junio

Rápido va el tren. El aire juniano sacude los abiertos cierres de cristal.

La primavera desborda en botones jugosos sobre las ramas de los árboles y en hervires sanguíneos bajo las venas de las criaturas. Del cielo cuelgan nubecillas que parecen cortinajes de harén; de la tierra salen vahos fecundos; los pájaros preparan sus nidos; mujeres y hombres apasionan al mirarse los decires mudos de sus ojos. La Naturaleza se renueva; nada y nadie se sustraen á esta renovación. Hasta los objetos inanimados la disfrutan. Las ventanas de los edificios son bocas que ríen; las piedras, bruñidas por el sol, sudan partículas de luz.

Rápido va el tren; apretujada en sus interiores, la gente. Un fuerte olor humano se esparce por la atmósfera del vagón. Los viajeros conversan alto para que sus palabras

retocen y se ayunten; alentares briosos alzan los pechos de las mujeres é hinchan las gargantas de los hombres. Es la sangre que se despereza; la savia que sube...

Junto á mí va un mozo de veinticinco á veintiséis años. En los ojos tiene pasión; en la fuerte mandíbula, voluntad; en la frente ancha, inteligencia; en los recios músculos, poderío.

En el asiento frontero reduce su cuerpo, con propósito de hacerlo invisible, una mujer.

Es una monjita envuelta por el negro hábito de su Orden. Las líneas de su carne desaparecen bajo el ropón amplio y mal cortado; ni una sola curva se remarca sobre los pliegues de la tela; la toca envuelve la cabeza y borra el dibujo femenino de los hombros; el rostrillo cubre la frente, las orejas y la garganta. Del cuerpo sólo se ven las manos; dos manos finas, principescas, de piel suave, dedos apuntados y uñas color de rosa. Las lleva cruzadas, prontas á la oración.

De la cara se descubren los ojos, negros y dulces ojos que se adoselan con cejas de levisima arqueadura. Brillan ellos con res-

plandores juveniles, aunque procuran esconderse tras la celosía del pestañaje. También se descubren la nariz, de griego modelado; la boca, en corales teñida, y la redonda barba, que un gracioso hoyuelo hace dos.

Los mirares del mozo están puestos en la monjita con insistencia, que sería irrespetuosa si no fuera espontánea y franca. Tal vez, hombre y artista, admira en la monja la belleza por ser belleza, y por ser bella á la mujer; tal vez hombre, nada más que hombre, siéntese atraído por un impulso irreflexivo hacia aquella criatura que la Naturaleza construyó para madre de hijos y compañera de varón. Tal vez porque la savia primavera hierve en sus venas de veinticinco años, mira á la monjita fijo, fijo, como si el pálido cutis, encuadrado por el rostrillo, fuera imán de sus ojos.

Fijo la mira, mientras el tren va rápido y el aire juniano sacude los abiertos cierres de cristal.

Fijo la mira él con sus ojos. Ella no levanta los suyos. Sí; un momento los alza, sólo uno, lo preciso á desentumecer los párpados; los alza y ve puestos en su persona

los mirares del mozo. Los párpados caen de nuevo sobre las hermosas pupilas; las celosías del pestañaje se reprietan contra ellas, y las manos se cruzan más, como si ya, no apercibidas, dedicadas estuviesen á la oración.

Sus ojos no se alzan; pero los mirares del mozo siguen puestos en la monjita. Aunque ella no los ve, los siente, y su cutis pálido se cubre de encendidos matices, y entre el pestañaje lucen reflejos temblorosos, y la griega nariz entreabre sus ventanas, y los coralinos labios se fruncen, y una ola de rubor se extiende por su cutis, para morir con bermejeces cálidas en el rostrillo. La negra toca, que oculta las líneas femeniles del cuerpo, ondea suavemente, como si una brisa, venida de dentro á fuera, la orease.

¡Divino rubor éste de la mujer cuando siente puestas sobre ella las miradas del hombre! Acaso la monja apriete la cruz de sus manos y traiga á sus labios el rezó, para resistir lo que ella, fiel á sus creencias, llamará tentación; lo que es sencillamente un llamamiento de la Naturaleza, un requerimiento á la vida, un saludo que la prima-

vera, asomándose á las pupilas de un mancebo, dirige á una virgen.

Virgen de la celda, obligada por voluntarios votos á sustraerte del humano vivir, para esperar en el divino, también yo te miro, sin que en mis ojos y en mi juicio existan faltas de respeto; te miro con tu negro traje y tu rostrillo blanco y tus manos en cruz, apercibidas á la oración.

Te miro y bendigo á la primavera triunfadora que, asomándose á los ojos de un mozo, ha traído rubores á tu cara y oreos de brisa á los pliegues rígidos de tu manto.

Morbhian.





REBECA

Fué ello á media tarde, en cálida siesta de este Julio que verdea los campos y pone en los árboles frutos, en las matas flores y en las criaturas amor.

Mi paseo había sido largo y fatigoso; mi cuerpo anduvo no breve espacio bajo el fuego del sol; bajo otro fuego más quemante que el del cielo juniano, retorcióse durante el paseo mi espíritu.

Al llegar al bosque sentí sed, y como Eliazar, el criado de Abraham, mandado por éste á Mesopotamia para que hallara esposa á Isaac, su hijo, miré á una y otra parte; dejéme caer luego contra el césped y quedé inmóvil aguardando que una hija de varón trajese el cántaro de agua á los alcances de mi boca.

Era yo todo Biblia en aquel momento. Si no como Eliazar, ocupado en la ingrata labor

de buscar esposa para otro, ocupábame en idealizar á todo ensueño los ecos nupciales que me enviaba el bosque.

Súbito sonaron pasos á mi espalda. El poema bíblico seguía realizándose ante mis ojos, por méritos de una mozueta que, con los pies descalzos y un cántaro de agua apoyado en una de sus caderas juveniles, avanzaba hacia mí.

Eran de bíblica estatuaria las líneas todas de su imagen: la cara, entrelarga; el tronco, esbelto; finos los remates de sus piernas y el contorno de sus desnudos brazos.

Morena clara la color de su rostro; de bronce sin lustrar sus cabellos, abiertos en dos mitades sobre la cabeza y caídos contra la nuca en suavísimas ondas.

En el rostro aparecían dos ojos grandes, almendrados. Tenían verde acero el matiz, dulce y soñadora la expresión.

Su nariz recta y algo ensanchada por las fosas, endoselaba una boca grande de labios clavellinos; la barba apuntada se desvanecía en curvas finísimas contra un cuello flexible.

Un collarillo de aljófara se desprendía sobre una chambra de recogidas mangas; una falda corta, salpicada con florecillas inclasifi-

cables, llegábale á la media pierna, dejando al descubierto carnes moceriles que sol, aire y lluvias tostaron.

Andaba con pereza que no excluía lo gentil; su brazo derecho sostenía el cantaruelo rezumoso; el izquierdo brazo desmayaba lánguido, rebelde á la acción.

Decir podía yo, parodiando al siervo de Abraham, que «la moza era de muy hermoso aspecto»; y agregar, tal vez más seguro que Eliazar—la mozueta contaría doce años—«que era virgen á la que varón no había conocido».

Entonces me levanté, fuí hacia ella y le dije, recordando el versículo:

«Ruégote que me des á beber un poco del agua de tu cántaro.»

Ella repuso: «Tome y beba, señor.»

Y volcando el cántaro sobre un vaso, me ofreció de beber.

Tal—fuera parte el vaso—hizo con Eliazar, Rebeca, hija de Milca.

Para esposa de Isaac, hijo de Abraham, el venturoso patriarca escogió el destino á Rebeca. Allá, en las tierras conquistadas por el pastor guerrero, sería ella feliz, rica, bendita del Señor, madre de hijos. Todas las feli-

ciudades iban á derramarse sobre la virgen portadora de agua que describe el poema genésico.

¿Qué guardaba el destino para la Rebeca aparecida á mí con el cántaro de agua sobre la cintura, en las soledades del bosque?

De hogar rico no era la moza. Decíanlo muy á las claras su humilde trajeo y sus pies descalzos. Las Rebecas de buena posición van calzadas y con institutriz al lado en los tiempos actuales.

Miserable, mejor que humilde, debía ser el hogar de la encantadora mozuela. De él salía para disfrazar con chorros de agua el mendiguo.

Sola iba por el bosque. No acudiría á él con objeto de desposarla con príncipe ningún mensajero más ó menos patriarcal.

Cuando la hora del amor sonase para la moza del cantarillo rezumoso, sonaría en aquellas arboledas casi sin preámbulos. Un mozo cualquiera, un salvaje de la civilización se aproximaría á la Rebeca de almendrados y verdes ojos; ella y él se conocerían, sin que ningún Eliazar preparase el conocimiento.

¿Los hijos?... ¡Bah! Para este problema

de los hijos hemos adelantado mucho. Los patriarcas no inventaron el torno de la Inclusa.

Esto pensé mientras apuraba lentamente el vaso que la muchacha me ofreció.

Devolví el vaso y entregué á Rebeca diez céntimos.

Los tiempos son así.

Eliazar paga el agua que bebe.

Rebeca necesita vender el agua para comprar el pan.

Auray.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1026 MONTERREY, MEXICO



POLIANQUE

En un cacho de papel sujeto con cola á la fachada de un casuco, leo esta inscripción:

TOURNÉE ALEX POLIANQUE

GRANDE TROUPE DRAMATIQUE

DE

ALEX POLIANQUE

— PREMIERE —

COULPABLE, SUGE ET BORREAU

PIECE DU GRAND AUTEUR

ALEX POLIANQUE

—¿Qué compañía es esta?—pregunto al rústico que me acompaña por el lugarejo bretón.

—Una gran compañía—responde—. La mejor que hemos tenido desde que yo nací. Las representaciones se cuentan por llenos. ¡Y Polianque!... Polianque, cuando echa los brazos por alto y dice aquello de «¡Es-

posa fermentida! ¡Adúltera!... ¡¡A hierro y fuego morirás!!»; vaya, que le pone á uno los pelos de punta. ¡Un gran cómico!, créame usted. Y luego, él mismo escribe las comedias. Además, hace juegos de manos é imita muchos animales. Ande al teatro esta noche; ande y verá lo bueno, señor.

—¿Hay teatro en el pueblo?

—Hágase cuenta de que sí. El patio de la posada es grande, y tiene al fondo un pajar que sube media vara del suelo. En el patio se colocan bancos, sillas, albardas... Cada uno lleva lo suyo y se acomoda. A la parte baja del pajar se ponen tres quinqués, y un candil grandote á la de arriba. La abertura se cubre con dos sábanas. Lo de dentro del pajar es el escenario. Se recorren las cortinas, salen los cómicos, rompen á hablar y se empieza el drama.

—Muy bien, muy bien. ¿Cuesta mucho la entrada á ese teatro?

—Le diré. Hay quien da dinero y quien no. La entrada vale quince céntimos; pero el que no quiere aflojar dinero, paga en especies. Hay quien da un huevo por la entrada; hay también quien da dos para ocupar las primeras filas. Otros pagan en ce-

bada, en trigo, en patatas. El caso es que sean comestibles de los que no se echan á perder. Polianque se los revende á la posadera y saca un jornal.

—¿Esta noche hay función?

—De las gordas. Estreno. Una tragedia de Polianque. Según los de su compañía (la esposa, la hermana y dos cuñados), es admirable. Hay muertos con veneno y con horca. Hay música. La mujer de Polianque, baila un canción antes de morir. Le digo que no cabrá nadie en la posada. Más de veinte francos saca Polianque hoy.

—Ese hombre maravilloso, ¿es invisible hasta la hora del espectáculo?

—¡Quíá!... En la taberna lo tiene usted jugando al dominó.

—Enséñeme usted la taberna. Tengo impaciencia por conocer á ese prodigio.

En los cuarenta frisaré. Su color es mala; su traje, igual que la color. El pelo vacila entre corte retrasado y melena; los ojos brillan vanidosos bajo los fruncidos cejales; la boca se entreabre con desdén. Afeitado va. Las manos, poco limpias, ebanescas en los remates de las uñas, accionan, cuando habla, con solemnidad mayestática.

—Polianque—dice el rústico—; aquí el señor quiere saludarle.

—Voy en seguida—responde el artista—. Espere—añade, dirigiéndome una sonrisa protectora—. Cuestión de unos minutos. Sólo faltan diez tantos. Mientras concluimos, acérquese y beba. Es de lo bueno. Dominó.

—Pues, sí—exclama Polianque, siguiendo el diálogo entablado conmigo desde que el juego concluyó—. Aquí estoy haciendo mi campaña. Una buena temporada. No me puedo quejar. El público es inteligente y premia mi labor con su asistencia y con su aplauso.

—Deseando estoy ver á usted trabajar.

—La obra se presta á que luzca mis facultades. Todo son situaciones. Mi fuerte está en las situaciones. Luego la fábula es emocionante. Y en verso. No estoy por la prosa. El verso suena más y se pega mejor á los oídos. Tengo ideas propias en arte, como actor y como creador. Trabajo me ha costado imponerlas. El público es refractario á las novedades; la crítica muerde. ¡No importa!... Con voluntad, todo se consigue. Yo tengo voluntad; tengo fe en mí mismo. He necesitado luchar; pero ya es mío el

triunfo. En diez pueblos á la redonda no hay más comedias que las mías, ni más actor que yo. Aún soy joven; aún espero extender el radio de mi acción. Acuda esta noche al teatro, y me verá representar y conocerá mi obra, en la que fundo grandes esperanzas. Vaya, amigo mío, y siempre que desee cosa alguna de mí, dígalo. El éxito no me desvanece. Sé colocarme por encima de él. No soy orgulloso.

Al teatro voy, y veo á Polianque representar con voces destempladas y gestos tan destemplados como las voces, el más estupendo y descomunal engendro que puedan ustedes suponer.

Sin embargo, el público le aplaude y le vitorea con frenesí. «¡Vaya unos versos!», dicen unos. «¡Qué comediantel», gritan otros. «¡Sólo á Polianque se le ocurre eso de colgar á la dama de un clavo!», vocifera el de más allá. «¡Viva!... ¡Que repita la puñalada!...»

Y las sábanas se descorren entre bravos para el autor-actor, y Polianque extiende los brazos y saluda y recoge los brazos y se lleva los dedos á la boca para enviar besos á los espectadores.

Cuando entro en el pajar á felicitarle, le encuentro sentado encima de un almud, rodeándole quince ó veinte personajes del pueblo.

—¡Admirable!—le digo—. ¡Admirables la obra y el actor!

Polianque me alarga la mano y replica con voz exangüe:

—Gracias, muchas gracias. El triunfo es grande; pero estoy profundamente quebrantado. La emoción del estreno... Las dificultades del papel... El desgaste nervioso ha sido extraordinario... Ruego á ustedes que me permitan retirarme. Preciso descanso y soledad.

En aquel momento, en todos los de su existencia tal vez, Polianque se cree un gran artista, un genio, un superhombre, creado para abrir al arte horizontes deslumbradores.

Lo cree... ¡Pobre mentecato!... Da lástima. ¿Lástima? ¿Por qué? ¿Por qué no ha de creerlo? Tiene un teatro; tiene un público que le admira y le aplaude.

¿Que el teatro es una posada? ¿Que el público es ignorante y zaflo?

¡Bah!... Para Polianque, en su delirio ar

tístico, aquel teatro son todos los teatros; aquel público, todos los públicos.

No vale burlarse del cómico.

¿Quién sabe si nosotros, los que nos creemos artistas, los que nos enorgullecemos, á solas y no á solas, con el aplauso de la gente, somos otros Polianque con más público y con más vanidad también?...

